

marcharon los unos sobre Toledo, los otros sobre Córdoba. Encerrado por ellos Abdelmelek en esta última ciudad, llamó entonces él mismo á los sirios de Ceuta, y los hizo trasportar á condiccion de que habian de reembarcarse cuando él lo creyera oportuno. Baleg, en el apuro en que se hallaba, aceptó todas las condiciones.

Vinieron, pues, los veinte mil sirios á España en una desnudez espantosa. Vestidos y armados que fueron, unidos á los árabes andaluces pelearon con los berberiscos y los derrotaron, vengando el desastre de Masfa. Mas cuando Abdelmelek no tuvo necesidad de ellos y en cumplimiento del tratado quiso hacerlos reembarcar para Africa, negáronse á ello abiertamente, los auxiliares se convirtieron, como de comun acontecimiento, en enemigos, pusieron sobre Córdoba, apoderáronse de Abdelmelek, y no olvidando Baleg su primera negativa de socorro, sin respeto á la blanca cabellera del anciano emir, impúsole el castigo que él habia ejecutado en Zehiad, é hizo ahorcar entre un perro y un cerdo. Así los sirios se trocaron de miserables aventureros en señores de España, y aclamaron emir á su jefe Baleg (entre los años 742 y 743). No sufrieron los árabes andaluces que unos extranjeros les pusieran así la ley, y se revolucionaron. Tambien Thaalaba, segundo jefe de los sirios, se negó á reconocer la eleccion de Baleg. La mas completa escision y anarquía se declaró en los ejércitos musulmanes. Vino á aumentar la confusion y el desórden el walf de Narbona Abderrahman ben Alkamah, uno de los árabes mas ilustres, que á la cabeza de un gran número de descontentos acudió desde la Septimania á medir sus fuerzas con Baleg. Encontráronse los walfes en los campos de Calatrava (Calat-Rahba), batiéronse cuerpo á cuerpo, la lanza de Abderrahman atravesó el cuerpo de Baleg, derrotó su huete y fué apellidado *al Mansur* (el victorioso). Reunió Thaalaba los restos del ejército sirio, se apoderó de Mérida (743), pasó á Córdoba y se hizo proclamar emir. Tal era el estado de desconcierto del imperio musulmánico en la Galia, en Africa y en España (1).

Por su parte los cristianos del Norte, gallegos, cántabros, vascones y euskaros, mal sujetos á la dominacion sarracena, apoyados los unos en sus vecinos de Aquitania, alentados los otros con el ejemplo de los asturianos, y animados todos con las discordias en que se destrozaban las razas y bandos del pueblo musulmánico, hacian esfuerzos ó por defender ó por rescatar su independencia, y aunque sin concierto todavía ni combinacion, comenzaban á entenderse, porque los impulsaba un mismo pensamiento, los unia un mismo peligro, un mismo odio al extranjero, una misma fe.

Conoció Alfonso de Asturias todo el partido que de este concurso de circunstancias podia sacar, y resolvióse á levantar el pendon de la conquista y á ensanchar los reducidos límites de su reino, saliendo de los atrincheramientos rústicos á que estaba concretado. Compartió el mando de las tropas de la fe con su hermano Fruela, y con animoso corazon franqueó las montañas que dividen las Asturias de Galicia (742). O mal guardado, ó abandonado entonces acaso este país por los sarracenos disidentes, Lugo vió con alegría ondear en su recinto el estandarte de los cristianos; Orense y Tuy recibieron con júbilo las bandas libertadoras de la fe: las ciudades de la Lusitania, Braga, Flavia, Visco, Chaves, acogian con entusiasmo á sus hermanos de Asturias. Lástima grande que las crónicas no nos hayan relatado sino en conjunto la serie de las conquistas ejecutadas por el esforzado Alfonso, ni fijado con exactitud el órden de las excursiones, ni dado noticia cierta de las dificultades con que hubo de tener que luchar en su atrevida cruzada. Refiérennos en globo haber tomado, además de las expresadas ciudades, las de Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, Leon, Simancas, Avila, Segovia, Sepúlveda, Osmá, Saldaña, Auca, Clunia y otras muchas de los territorios de Cantabria, Vizcaya, Álava, hasta el Bidasoa y los confines de Aragon, llevando sus armas victoriosas desde el Océano Occidental hasta los Pirineos, y desde el Cantábrico hasta las sierras de Guadarrama y últimos términos de los Campos

(1) Isid. Pacens. Chron. n. 63 y sig.—Conde, part. I, cap. 29 y sig.—Ben Alabar de Valencia, en Cassiri, tom. 2.

Góticos que taló y yermó (2), recorriendo con sus triunfantes pendones una cuarta parte de la Península.

Suponemos que haria en diferentes años estas rápidas y gloriosas excursiones, las cuales por otra parte no podian ser conquistas permanentes: antes bien la devastacion y el incendio iban señalando las huellas de la marcha de Alfonso. Los campos eran talados, desmanteladas las poblaciones, las guarniciones sarracenas degolladas, los hijos y mujeres de los vencidos llevados como esclavos, los cristianos mismos recogidos para poblar con ellos las comarcas de Cantabria, Alava y Vizcaya, menos expuestas á la invasion de los musulmanes. Solo conservó y fortificó las ciudades de las montañas limítrofes á sus antiguos Estados, las que se prometia poder conservar. Leon y Astorga eran de este número. Un historiador arábigo describe así las expediciones de Alfonso: «Entonces vino Adefuns, el terrible, el matador de hombres, el hijo de la espada: tomó ciudades y castillos, y nadie osaba hacerle frente; mil y mil musulmanes sufrieron por él el martirio de la espada; quemaba casas y campiñas, y no habia tratados con él (3).» Aterraban á los árabes aquellos rudos montañeses, con sus largas cabelleras, sus groseras mallas de hierro, armados de hondas, del dardo iberico, del puñal cántabro, de horquillas de dos puntas, de aguzados chuzos y de cortas y cortantes guadañas, precipitándose de las sierras sobre los valles y campiñas.

En las poblaciones que conservaba, iba Alfonso restableciendo el culto católico, reponiendo obispos, restaurando ó erigiendo templos y dotando iglesias, lo cual le valió el dictado de *Católico*, que siglos adelante habia de aplicarse á otro rey de España para seguir siendo apelativo de honor de los monarcas españoles. Para defensa y seguridad de las fronteras, en las quebradas y en los lugares mas enricados de las breñas y montes iba tambien erigiendo fortalezas y castillos, *Castella*, de donde mas adelante habian de tomar su nombre dos provincias de España. Así empleó Alfonso los 18 años de su reinado, de modo que á su muerte, acaecida en 756, el reino de Asturias se extendia, aunque inseguramente y sin solidez, por toda la ramificacion de los Pirineos desde Galicia y la Cantabria hasta la Vasconia. Murió Alfonso en Cangas y sus restos mortales fueron sepultados en el monasterio de Santa María de Covadonga que él habia fundado, donde fueron tambien trasladados los de Pelayo. Las crónicas cristianas cuentan los milagros que señalaron sus últimos momentos, y dicen que en su entierro se oyó á los ángeles cantar en armoniosos coros el salmo: *Ecece quomodo tollitur justus* (4).

Grandemente habia favorecido al éxito de las correrías militares de Alfonso el anárquico estado en que los musulmanes continuaban, no mas lisonjero que el que anteriormente hemos descrito. Ciertamente que en Africa el emir Hantala habia logrado vencer y sujetar, momentáneamente al menos, la raza indomable de los berberiscos. Pero la idea de descargar el suelo africano de esta gente feroz y desalmada trasplantándola á nuestra Península vino á aumentar los elementos de discordia que ya pululaban en ella. Quince mil *magrebinos* fueron trasportados á España al mando del emir Hussan ben Dirhar, llamado tambien Abulkatar. Llegaron estos africanos á dar vista á Córdoba á tiempo que Thaalaba iba á degollar en las afueras de esta ciudad mil prisioneros berberiscos. Preparábase una inmensa muchedumbre á presenciar el horrible suplicio de aquellos infelices, cuando entre nubes de polvo se divisaron banderolas y turbantes y el brillo de fulgentes armas. A la llegada de Abulkatar se suspendió la sangrienta ejecucion; los que iban á ser sacrificados fueron puestos en libertad, ordenó Abulkatar la prision de Thaalaba, y encadenado le envió á Africa á disposicion del emir (744).

Deseoso Abulkatar de poner término á las escisiones en que se despedazaban las diversas razas de los musulmanes españoles, é informado de que una de las causas mas fuertes

(2) Campos quos dicunt gothicos usque ad flumen Doriun eremavit. Chron. Albeld. n. 52.—Los Campos Góticos se extendian entre el Duero, el Esla, el Pisuerga y el Carrion. Hoy se llama este país *Tierra de Campos*, y pertenece á Castilla la Vieja.

(3) El Laghi, citado por Faustino Borbon, *Cartas*, p. 176.

(4) Sebast. Salmant. n. 15.—Silens. 26.—Chron. Ovet. p. 65.

de las discordias era la reparticion de tierras, aspirando todos á poseer las fértiles campiñas de Andalucía, y principalmente los árabes y sirios que se creian con derecho de preferencia en la reparticion, como lo eran en la jerarquía religiosa, quiso por un medio ingenioso cortar todas las disputas, acallar todas las pasiones y contentar todas las voluntades, haciendo una nueva y general distribucion de territorios, señalando á cada tribu aquellas tierras ó comarcas que mas se asemejaban á su país natal, y cuyo suelo y clima les suscitasen mas dulces recuerdos de su patria. Así á los de la Palestina les señaló el país montuoso de Ronda, Algeciras y Medina Sidonia, que podian recordarles su Líbano y su Carmelo: los que habian pastoreado en las márgenes del Jordan establecieron en Archidona y Málaga, á orillas del Guadalhorce, que corre como el Jordan entre pintorescos valles; asentáronse los de Kinsarina en tierra de Jaen; algunos persas se quedaron en Loja; los de Wacita en los alrededores de Cabra; los del Yemen y Egipto obtuvieron las comarcas de Sevilla, de Ubeda, Baza y Guadix; á otros egipcios les fué designada la tierra de Osonoba y Beja; los de Damasco no hallaron país ni cielo que les representara mejor los jardines y verjeles que rodeaban la corte de sus califas, que las márgenes del Genil y la vega de Garmathah y de Elvira, y adoptaron por nueva patria el país de Granada: á los árabes de Palmira les fueron señaladas las campiñas de Murcia y las comarcas orientales de Almería, que formaban la tierra de Tadmír. Por algun tiempo llamaron á Elvira *Damasco*, á Málaga *Arden*, á Jaen *Kinsarina*, á Murcia *Palmira*, *Palestina* á Medina Sidonia, y así á las demás (1).

Estas adjudicaciones no se hicieron sin perjuicio de los cristianos, saliendo entre ellos el mas lastimado en sus intereses el godo Atanaildo, que por muerte de Teodorico obtenia el señorío de la tierra de Murcia. Impúsole Abulkatar fuertes tributos para el mantenimiento de los nuevos colonos, ó ereyéndose ó suponiéndose desobligado el emir de guardar los convenios y estipulaciones ajustadas entre Teodomiro y Abdelaziz. Así fué desapareciendo aquel Estado que el valor de Teodomiro habia sabido conservar enclavado entre los dominios musulmanes, sin que de él vuelva á hacer mencion la historia (2).

Lo que se hizo para traer las tribus á una concordia vino á ser causa de disturbios mayores. Samail, jóven sirio de ilustre cuna, pero de genio inquieto y discolo, práctico en el ejercicio de las armas y astuto para tramar conspiraciones, alzó el estandarte de la rebelion so pretexto de que la tribu del Yemen, á que pertenecía Abulkatar, habia sido la mas favorecida en la distribucion de los lotes. Adhiriósele Thueba ben Salemi, aunque yemenita, y juntos declararon una guerra cruel á Abulkatar y á las tribus de su partido. Nada puede dar mejor idea del extremado encono á que se dejaron llevar en esta guerra aquellas razas vengativas que la descripción que hace un historiador arábigo de las batallas que se dieron cerca de Córdoba: «Fué, dice, como un duelo caballeresco entre dos ejércitos de quince á veinte mil hombres cada uno.... No hubo lanza que no se rompiera, y los caballos heridos y sofocados por el calor, ni obedecian ya el freno ni podian moverse; echaron los jinetes pié á tierra, y arremetiéronse espada en mano.... la mayor parte rompieron tambien sus aceros, pero no por eso dejaban de combatir, los unos con el pedazo de alfanje que en las manos les quedaba, los otros hasta con puñales de arena y de guijo. Los que no hallaban con qué herirse se abrazaban cuerpo á cuerpo, se asian por la garganta, por los cabellos, luchando, haciéndose rodar por el polvo, sobre los cuerpos de los heridos, de los moribundos, de los muertos. Hacia el medio dia la victoria estaba indecisa, faltaban ya á todos las fuerzas.... cuando de repente vienen de Córdoba algunos centenares de hombres á mezclarse en la pelea. No eran guerreros, era un populacho tumultuoso de artesanos, de ganapanes, de carniceros, ávidos de sangre, armados de lanzas ó de espadas, de hachas, de palos, de cuchillos ó de piedras.... que en otra ocasion no hubieran excitado sino risa, pero que

en la crisis en que la lucha se hallaba no tuvieron que hacer sino ó prender ó degollar.... (3).»

Alzóse Thueba de resultados de esta batalla con el poder soberano de la Península: recompensó á Samail dándole el emirato independiente de Zaragoza y de la España oriental, pero los walfes de Toledo y de Mérida se negaron á obedecer al usurpador. Así se fraccionaba ya en pedazos el imperio fundado por Muza y Tarik. La anarquía, el desórden y la inseguridad eran tales, que hasta los labradores y pastores tenian que defender con las armas sus propiedades y ganados. Era esto en ocasion que Alfonso de Asturias paseaba los estandartes cristianos, desde la Lusitania hasta la Vasconia. Aprovechábase bien Alfonso del desconcierto de los musulmanes. En tan angustiosa situacion las diferentes razas de árabes, sirios, egipcios, persas, yemenitas y berberiscos, por un natural instinto de conservacion acordaron dar una tregua á sus rivalidades y reunir todas las fuerzas del Islam bajo la autoridad única y central de un emir. Congregáronse los mas nobles jefes en Córdoba en una especie de asamblea general de los Estados musulmanes, y conviniendo en la necesidad de elegir un jefe bastante enérgico que administrara justicia por igual y los sacara á todos de aquel estado de anarquía, recayó la eleccion en Yussuf ben Abderrahman al Fehri, noble coraixita y caudillo acreditado, que habia sabido mantenerse extraño á todos los partidos, siendo por esta razon recibido su nombramiento con aplauso y contentamiento universal (746).

Dedicóse Yussuf á escuchar y satisfacer las quejas de los pueblos; arregló la administracion, reformó la estadística, destituyó á los malos gobernadores, consagró la tercera parte de las rentas de cada provincia á la construccion de mezquitas y á la reparacion de puentes y caminos, y dividió la España musulmánica en cinco grandes provincias ó emiratos cuyas capitales eran: Córdoba, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. De hecho el emir de España obraba ya con independencia del califa de Damasco, ó era por lo menos una dependencia casi nominal. De ello se valió el ambicioso Ahmer ben Amrú, walf de Sevilla, para intrigar con el califa contra Yussuf y Samail á quienes aborrecia mortalmente. Descubrióse la intriga por una carta que le fué interceptada. Yussuf y Samail trataron de deshacerse de Ahmer y no pudieron lograrlo (753). Nuevas guerras civiles volvieron á ensangrentar los campos de la España musulmana, porque le fué fácil á Ahmer indisponer de nuevo á las siempre rivales y jamás bien unidas tribus. Pelearon, pues, otra vez encarnizadamente árabes, sirios, egipcios y mauritanos, y guerrearon entre sí los emires y walfes de Córdoba, Zaragoza y Toledo. Toda la España ardia en guerras civiles: todos sufrían: era un estado insoportable. Veremos cómo el mismo exceso del mal les inspiró el remedio.

CAPITULO IV

Los Omniadas de Córdoba

DE 756 Á 774

Revolucion de Oriente.—Cambio de dinastía en el califato de Damasco.—Los Omeyas.—Los Abassidas.—Horrible exterminio de la familia destronada.—Aventuras del jóven Abderrahman el Beni-Omeya.—Acuérdase la fundacion de un imperio independiente en España.—El proscrito Abderrahman es llamado á los desiertos de Africa para ocupar el trono musulmánico español.—Su recibimiento en Andalucía.—Prosiguen las guerras civiles.—Yussuf y Samail.—Triunfos de Abderrahman.—Los hijos de Yussuf.—Marsilio.—Irrupciones de africanos.—Nuevos triunfos y nuevas contrariedades de Abderrahman.—Sitio de Toledo.—Guerra de las Alpujarras.—Espantosa noche en Sevilla.—Sosiégase la Andalucía.—Considerable fomento y desarrollo que dan á su marina los árabes de España.

«Loado seas, Señor Dios, dueño de los imperios, que das el señorío á quien quieres, y ensalzas á quien quieres, y humillas á quien quieres. En tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso.» Así exclama un autor arábigo al dar cuenta de la gran revolucion y mudanza que su-

(3) Manuscrito árabe de la Biblioteca Real de Paris, citado por Faulri, tom. III.

(1) Xerif Aledris. Geogr.—Ben Alabar, Cassiri, tom. 2.—Conde, cap. 33.—Al Kattib de Granada, part. I.

(2) Segun el Pacense, le exigió 27,000 sueldos. Chron., n. 39.